

ARTÍCULOS 2019

- **Limpieza urbana**
- **Betuneros**
- **¿Milagro económico?**
- **Plásticos y artesanía**
- **Remolinos**
- **Puntualidad**
- **Pandemia**

Limpieza urbana

Fuente: Diario de Lanzarote 1-1-2019

Un estruendo que hizo vibrar los cristales de la ventana hizo que me asomara para indagar su origen. Era una especie de pequeño camión casi cuadrado, con dos cepillos rotatorios en su parte delantera, desde el cual un solo conductor recogía las basuras existentes en la acera, para depositarlas en un contenedor que estaba en las proximidades. Unos minutos después un gran camión, cuyo conductor desde el interior, sin bajarse, hizo que el techo se desplazara y finalmente un brazo móvil levantó el contenedor y lo volcó dentro del hueco dejado en el vehículo.

Esto me trajo a la memoria como se hacía esta labor en mi niñez, allá por los años cuarenta del pasado siglo y que creo que forma parte de lo que hemos denominado reiteradamente como "historia menuda" de nuestra ciudad.

Recuerdo a una familia que no se podía denominar chabolista, ya que en aquella época no existían chabolas en Arrecife, sino que la podríamos denominar "nidoametralladorista", ya que ocupaban uno de esos fortines por allá, cerca de La Bufona, ya fuera del servicio castrense. Los hermanos, Celedonio y Arabia y algunos más, al amanecer, escoba en mano, con parsimonia y lentitud, recorrían algunas de las calles, medio limpiándolas de papeles y otras basuras. Dado el escaso número de cuadrilleros y la lentitud de la labor, supongo que a cada calle le tocaría una vez al mes como máximo el adecentamiento. Las escobas, elaboradas seguramente por algún artesano de Haría con los materiales que las "mil palmeras" proporcionaban, con un pequeño moño en el que se ensartaba para manipularlas, el "pírgano" resultante de pelar la palmera de sus hojas. Se contaba que un veterano e ilustre militar, viendo la lentitud con que Celedonio se dedicaba a su labor, salió de su casa, le arrebató la escoba de las manos y, a la advertencia de "esto se hace así", le dio una lección práctica de barrido de casi toda la calle Fajardo.

Al principio, señor José con su carro tirado por dos bueyes y provisto de una campana que sonaba al movimiento de los animales, llamaba la atención de los vecinos para que fueran depositando los "cacharros de la basura" en la acera. Más tarde un camioncito, un Ford 4 "de bigotes", conducido por un trabajador, creo que de La Destila, cuyo nombre siento no recordar, levantaba las tapas laterales de la pequeña caja de madera, para arrojar en ella las inmundicias, que después eran depositadas junto al viejo cementerio, cerca de donde hoy se levanta el edificio del Cabildo Insular.

Otra forma de saneamiento era la recogida del "cacharro de los desperdicios", donde se depositaban los escasos restos de las comidas. En mi casa, "Perico" lo traía y llevaba para alimentar el cochino encerrado en el corral allá por La Vega, cerca de "El aljibe de las flores". Otros cerdos estaban en el fondo de un hueco, una especie de aljibe descubierto, en los Llanos de Puerto Naos, junto a las salinas de "Los Santos", y no es que fueran propiedad de quienes así habían sido consagrados por el Papa, sino que lo eran de don Antonio de los Santos. Como el alimento principal de los ciudadanos era a base de pescado, cuyos restos

iban al cacharro, algunas amas de casa, al comprar la carne rechazaban la de los cochinos cebados en la capital, pues parece que su sabor tenía cierto matiz de pescado.

Esa separación de "el cacharro de la basura" y "el cacharro de los desperdicios", la primera que finalizaba en el pestilente crematorio, y los segundos con su posterior aprovechamiento, da lugar a que creamos que nuestros vecinos ya practicaban una especie de primitivo e inconsciente reciclaje, hoy tan demandado.

Nota independiente del texto anterior:

Hace unas semanas la prensa hizo referencia a la próxima restauración de La Plaza de la Iglesia, manteniéndola dentro de la línea que acertadamente supo darle César. Nos congratulamos de qué sigamos viéndola como ha sido durante más de medio siglo. Hace varios años, concretamente el 31 de enero de 2012, hicimos, entre otras, una propuesta a la Corporación Municipal, para quitarle todo carácter político a la polémica denominada Cruz de los Caídos. Posiblemente esa restauración sea la oportunidad para que esa propuesta se haga realidad: la colocación de dos lápidas de mármol, una a cada lado de la cruz. Una en recuerdo de don Rafael Hernández, lanzaroteño fallecido, con otros viajeros y tripulantes, en el hundimiento del vapor "Valbanera", con motivo de la proximidad del centenario del suceso. La otra en recuerdo de los asesinados en el asalto al "Cruz del Mar". Incluíamos el posible texto. Como en el ínterin ya se ha homenajeado a las víctimas del Cruz del Mar, podría ser sustituido por el de dos personajes históricos relacionados con La Plaza, a los que se refiere el historiador José Agustín Álvarez Rixo, en su libro "Historia del Puerto del Arrecife": Don Francisco García Santellas que por los años 1630, fundó una ermita o capilla dedicada a San Ginés, y a don Francisco Acosta Espinosa, primer párroco.

La urgencia de esta nota se debe a que, dada al parecer la próxima restauración, el gasto de esas placas, aunque suponemos mínimo, debería estar incluido en el presupuesto de la obra.

Betuneros

Fuente: Diario de Lanzarote 1-3-2019

Actualmente los zapatos se fabrican con materiales que casi no precisan mantenimiento o son de tipo deportivo que se meten en la lavadora. A mediados del pasado siglo no se daban ni una ni otra circunstancia. El calzado deportivo casi era exclusivo de las botas de fútbol, que no eran los verdaderos guantes hoy en uso, que permiten verdaderos malabarismos, sino que estaban acorazados con grueso cuero de vaca, que en muchas ocasiones casaban graves lesiones.

Quienes no usaban alpargatas, que eran minoría, se sentían orgullosos del lustre de sus zapatos. En ese punto el "betunero" y el betún, del que se deriva el nombre de su profesión, eran elementos esenciales. En mi época de estudiante, para cubrir el tiempo en que teníamos que esperar en El Puerto de la Luz a que el "correílo" reemprendiera la marcha, merodeábamos principalmente por el Parque de Santa Catalina, donde un grupo de personas, vestidas de oscuro y sentadas en un pequeño banquillo, nos bombardeaban con la interrogación: "¿Limpia?", "¿Limpia?" Las Palmas y sus habitantes tenían fama de la pulcritud y, en esa estancia veíamos, junto a aquellos betuneros, algunas personas con el pie apoyado en aquella cajita negra, adornada de tachones dorados, mientras el betunero después de destapar la otra cajita pequeña y redonda aplicaba, con la punta de los dedos, unos ligeros toques de la pasta negra y sacaba brillo, primero con el cepillo, que pasaba de una mano a otra en un malabarismo sonoro y, después, con el trapo, en una maniobra curiosa de cogerlo por los dos extremos y, con un movimiento de vaivén, hacer que el zapato reluciera al sol.

Arrecife, en menor cuantía, no estuvo ausente en cuanto a betuneros y zapatos lustrados. "Manolo El Betunero", madrileño castizo, casado con una arrecifeña, tuvo por vivienda el viejo "excusado" debajo de El Puente de las Bolas; Manolo, por quien el General García Escámez abandonó a las autoridades que lo recibían para, con un abrazo, preguntarle: "Manolo, ¿qué haces tú aquí?"; y es que Manolo había sido su limpiabotas en la Academia militar. Después de muchos años de disfrutar de la popularidad, de lustrar los zapatos de "Los moros notables" en la acera de El Casino, orgulloso de su gallo de peleas siempre triunfador y de haber realizado algunas rifas con cierto truco para que no tuviera ganador, regresó a su Madrid natal donde, por influencia de algunas personas de nuestra ciudad, continuó su vida, no como betunero, sino como acomodador de cine.

Otro Manolo, "Macartur", grancanario que apareció en nuestra Isla, licenciado de la División Azul, con algún deterioro físico, que él achacaba a la estancia en los helados campos rusos, exhibía medallas y cruces alemanas y se casó en San Bartolomé. Las últimas veces que lo vi, allá por los años ochenta, fue en una cafetería cercana a la sede del Cabildo Insular de Gran Canaria, oyéndole preguntar, en medio de una sonora y característica carcajada: "¿Limpian los conejeros?" Bastantes años después me encontré en la prensa su esquelera mortuoria.

Nunca supe su nombre, pero respondía cuando lo llamaban "Merengue", lo que no estaba muy de acuerdo con lo un tanto aceitunado de su piel. Betunero, pero también pregonero, pienso que tenía su vivienda en alguno de aquellos nidos de ametralladoras ya abandonados en su función. Como todos los de su profesión, merodeaba principalmente por El Casino y otros centros, caja colgando de su mano y banquillo bajo el brazo. Creo que era licenciado de la Legión. En algunas ocasiones, cuando se iba a desarrollar alguna fiesta o evento deportivo y cuando el Circo Totti no traía a "Pepito Caña Dulce", hacía de pregonero de esquina en esquina. Con una especie de levita de color rojo y

una bocina en forma de embudo, gritaba: "¡Mañana a las cuatro, todos al campo de fútbol, para presenciar la luchada entre los grandes puntales!"; y repetía una y otra vez: "¡Mañana, mañana, todos...!". Otra persona que, tan silencioso como vino, desapareció del ambiente local. Él se valía de la bocina, que seguramente procedía de un viejo gramófono de cuerda que tenía grabado el tradicional perrito sentado, para ampliar su potente voz. "Caña Dulce" lo hacía con un previo redoble del tambor que colgaba de su cintura y gritaba: "Esta noche, ¡esta noche, todos al circo!"

El último que recuerdo era un joven de piel oscura y pelo rizado, muy educado y con el que me saludaba frecuentemente aunque nunca utilicé su labor. La última noticia que tuve de él fue haber sufrido el dolor de la muerte en accidente de una hija. Posiblemente se alejó de nuestra Isla.

¿Milagro económico?

Fuente: Diario de Lanzarote 1-4-2019

Allá por los años sesenta del pasado siglo, alguien se lamentaba entre sus allegados: "En la herencia de mi padre tuve la negra. Me tocó una tierra al lado de la playa que, como diría mi abuelo, no sirve ni para destetar alcaravanes. Menos mal que un vecino, que le gusta mucho bañarse en la marea, dice que me la trata por dos buenas cabras majoreras. La quiere para hacer una chocita de piedra seca y guarecerse del calor y del viento. Por lo menos tendré leche para la gente de la casa".

Aparecieron unos personajes y el ciclo social y económico inició su cambio. Un matrimonio belga, los Van Daele, que venían con experiencia del norte de África, ante el asombro de todos, comenzó a comprar aquellos terrenos junto a las playas, que según aquel abuelo eran solo refugio de alcaravanes. Crearon la sociedad "Plalansa" conocida popularmente como "La de los belgas". Compraron, vendieron, especularon y desaparecieron. Paralelamente, apareció un danés llamado Niels Prahm o algo así. También promotores de prestigio. Los nombres de don Vicente Calderón o de don Virgilio Suárez y los de los hoteles San Antonio o Los Fariones estaban en todos los medios de comunicación.

Surge una fiebre, no la del oro que fue mucho después, sino la fiebre de la parcela con la que algún despabilado hizo su agosto. Aparecen urbanizaciones que consisten en unas filas de bloque de cemento marcando unas ficticias calles. Incluso se hace publicidad de ellas mediante unas fotografías trucadas con flores y plantas, posiblemente de plástico, en primer plano que convierten en verdaderos vergeles las zonas más inhóspitas, desérticas e inaccesibles de la Isla.

La fiebre del oro vino mucho después de manos del alquimista y triturador de lavas a quien alguien presentó en sociedad, emulando al escritor de la antigua Grecia, como "Don Francisco el de la sonrisa innumerable", que veía a nuestros volcanes, no con el negro que lo contemplábamos, sino con el dorado de su pícara fantasía. Seguramente no sonreía como el clásico heleno atribuía al efecto de las brisas sobre los mares griegos, sino que posiblemente en su interior reía a carcajadas ante la ingenuidad de sus potenciales socios. La audacia de don Francisco lo llevó a hacer una demostración pública de la realidad de El Dorado que era Lanzarote. En un ambiente de curiosos y de posibles damnificados, en el que solo faltaron el búho del brujo y el abracadabra del curandero, introdujo en el crisol polvo de lava machacada, encendió el mechero y, al poco rato, en medio de aquella masa negra, ante el asombro de unos y la incredulidad de los más, apareció una diminuta pepita dorada. ¿Truco?, ¿milagro? Pienso que no fue muy difícil introducir entre el polvo unas limaduras del precioso metal. Entre los curiosos, Pancho, escéptico, con gran sentido del humor, y un señor que, por sus méritos propios, había sido premiado con la medalla de oro de cierta institución cultural. Cuando aumenta la temperatura, Pancho se acerca al benemérito y le dice al oído: "No se acerque mucho, que se le puede derretir la medallita".

Se inicia la decadencia de la siempre precaria agricultura y de la hasta entonces próspera actividad pesquera. Los muchachos huyen de estar "asoliados y enterragados" y las muchachas de la pestilencia del descabezado de sardinas en la fábrica, y se refugian, limpios y uniformados, en las instalaciones hoteleras. Hasta empiezan a "chapurrear" algunas palabras inglesas.

Los burros casi se extinguen y los camellos se confinan en las laderas de Timanfaya, cambiando el tiro del arado o del trillo por la silla inglesa, en la que se encaraman los turistas. Las exportaciones de cebollas y tomates des-aparecen y ya, desde San Bartolomé, no se contempla la Vega de Machín adornada con el "mar de hierba" que el soplo de la brisa producía en las plantaciones de trigo, cebada y centeno. Los terrenos se llenan de "bobos" y aulagas. Aquel que trató las cabras por una tierrita junto a la playa, en la que construyó la chocita, no resistió la tentación y, con las "buenas perras" que le pagó el especulador, hizo una casa nueva y, como ya había agua abundante sin tener que esperar a la de la lluvia, la dotó de una pequeña piscina donde desahogar sus aficiones natatorias. Los que habían heredado alguno de aquellos terrenos tan inútiles que ni sabían dónde estaban ni nunca habían pisado, se afanaban en localizarlos. Recuerdo a don Juan, un señor de la "vuelta abajo" como diría mi añorado y respetado amigo don Emilio, que por una deficiencia física dedicó su labor a remendar los zapatos de sus vecinos, cuando en el Registro quiso identificar su terreno cercano a alguna edificación del danés señor Prahm. Lo dijo con una frase muy simpática: "La tierrita mía está trasito mismo de los bungalones de El Andanés".

Plásticos y artesanía

Fuente: Diario de Lanzarote 1-5-2019

Dos noticias. La revista Pronto, en su número 2.448, de 6 de abril, dice que en una playa del sureste de Filipinas, apareció muerta y varada una ballena y que en su estómago encontraron, entre otras cosas, 40 kilos de plástico. ¿Sería parienta de la que dicen que se tragó a Jonás y lo escupió entero? Con motivo del incendio de la Catedral de París, decía una emisora de radio, que el obstáculo mayor para su reconstrucción no era el tema económico, ya que en pocos días, debido a la generosidad de las grandes fortunas, ya se habían recaudado más de mil millones de euros. Esa generosidad al parecer no lo era tanto, sino las ventajas fiscales que el Gobierno Francés concedía a los donantes. Ese obstáculo sería la falta de artesanos de la piedra y de la madera que el progreso ha ido eliminando y se piensa incluso en la posibilidad de crear escuelas que los rehabilite. Ya no había picapedreros, cabuqueros entre nosotros, capaces de reconstruir las gárgolas con cabezas de demonios o machos cabríos que vimos en la versión cinematográfica de Nuestra Señora de París, entre las que correteaban Esmeralda la Zíngara y El Jorobado.

En algún momento comentamos que ese plástico había llegado a nuestra isla, no de manos del comercio sino de los feriantes que lo rifaban en sus casetas junto a la fea muñeca Chochona que, según decía el periodista Andrés Trapiello, hasta hace pocos años aún se sorteaba en las ferias de los pueblos peninsulares.

Ese plástico que, según algunos agoreros, como nuevo Jinete del Apocalipsis, amenaza con acabar con la humanidad, fue recibido como una bendición sobre todo por las amas de casa, que se vieron libres de soportar el peso de lebrillos, barreños y baldes de pesado metal pero que, poco a poco, también como pequeño apocalipsis, fue barriendo oficios artesanales, como se lamentan hoy los responsables parisinos de la reconstrucción de uno de sus monumentos más emblemáticos.

Con el progreso del plástico, ¿tendremos también que rehabilitar a aquellos artesanos del latón, la suela o la madera?; ¿volveremos a oír a la madre decir al hijo?: "Llévale la cocinilla a señor Juan el latonero para que le suelde la pata que tengo que hacer la comida para las doce, que es cuando zafa tu padre del trabajo".

Remolinos

Fuente: Diario de Lanzarote 1-6-2019

Nuestra primavera subtropical no suele ser la estación más agradable; particularmente la nuestra la dejamos para el otoño. Recientemente, hemos leído en la prensa y visto de forma gráfica el paso de dos trombas marinas cerca de las costas de Gran Canaria. Hasta hace unos años contemplábamos, casi al final de la primavera, y precursores de la llegada de la estación calurosa, las columnas sinuosas de tierra que, desde Tahíche desfilaban, una tras otra, camino de las costas del sur. Al parecer, por su recorrido e intensidad, llamábamos remolino al fenómeno de escasa potencia que arrastraba tierra mezclada con algún objeto, recorriendo los campos en busca del mar; "mangas" llamaban nuestros marineros a las que veían desarrollarse próximas a las proas de sus barcos. Hoy la televisión nos trae la imagen de los aterradores y destructivos tornados que arrasan determinadas zonas tropicales que, afortunadamente, para nosotros, no se han producido en la nuestra. En mi niñez, mientras esperábamos para entrar a la escuela en la plaza de San Bartolomé, nos asustó un fuerte ruido, y un enorme remolino de varios metros de diámetro, que llevaba en su interior diversos objetos y, entre ellos, un pesado balde de hierro, que bailaba como un trompo.

Siguiendo la costumbre cristiana de rebautizar lo primitivo con nombres de santos o vírgenes, Ajey cambió su histórica denominación por la de San Bartolomé

Creo haber contado que, allá por los años 50 del pasado siglo, un domingo por la mañana, cuando salía de mi casa, también otro fuerte estruendo que, en principio confundí con el del paso de un avión, se convirtió en una de esas "mangas" o tromba marina que, más allá del Castillo de San Gabriel, se desplazaba de este a oeste; pasó a lo largo del entonces llamado Muelle Grande, tiró al mar dos casetas de madera de muchos kilos de peso, destinadas a oficinas de aduanas, y rompió las amarras de un barco atracado al final del muelle. Además de los remolinos, las fuertes brisas establecían un verdadero río de "jable" que, partiendo de Famara llegaba a Playa Honda, formaba médanos y enterró al primitivo Ajey, que fue preciso trasladar al resguardo de la montaña Mina. Siguiendo la costumbre cristiana de rebautizar lo primitivo con nombres de santos o vírgenes, Ajey cambió su histórica denominación por la de San Bartolomé sin que, a pesar de los intentos, se haya recuperado. Afortunadamente para nuestra historia, Tinajo no se transformó en San Roque o Yaiza en Nuestra Señora de los Remedios. La desaparición de estos fenómenos, ¿son consecuencia del cambio climático? No sé, de eso no entiendo. Los terrenos cultivados, "flojos" dirían nuestros campesinos, y el que aquellos pueblos, Tahíche, Famara o Playa Honda, solo fueran contadas edificaciones, propiciaron su existencia. Endurecidos los terrenos por el abandono de la agricultura y las escasas edificaciones convertidas en amplias urbanizaciones, quizá se hayan convertido en una barrera que impide su desarrollo.

Puntualidad

Fuente: Diario de Lanzarote 1-7-2019

En los belicosos años 40 de inicio triunfal de Alemania, todo lo germánico era tenido por perfecto, incluso la puntualidad. Se decía que cuando dos alemanes se citaban en determinado lugar, a la hora exacta, ni un minuto antes o después, y en el lugar de la cita, "se daban de narices". Estos días he oído una noticia insólita: Una compañía de transportes japonesa ha pedido disculpas a los usuarios porque el tren había partido de la estación veinte segundos antes de la hora reglamentaria.

En esos años, nuestra Isla, en materia de comunicaciones, con algunas excepciones, era un verdadero caos. Cuando los japoneses aún no habían lanzado al mercado de forma masiva y a precios irrisorios, los relojes de imitación de marcas famosas, los horarios se regían por "causas naturales". En San Bartolomé, donde vivía, aún no había llegado la donación generosa del reloj para la torre de la iglesia o yacía en espera de la torre adecuada al recorrido de sus pesas, y como diría muchos años después en la inauguración, la fina ironía de don Juan Gil, hubo "que construir una torre para un reloj y no un reloj para una torre". Las actividades, cuando aún no se había implantado la hora oficial, se regían por causas naturales y en este caso por el sol. El encargado, cuando lo veía a la mitad aproximadamente del cielo, tiraba doce veces de la soga de la campana de la iglesia. En Arrecife, donde el reloj de la iglesia llevaba varios años parado, el monaguillo lo hacía cuando salía de la escuela y otras dos campanadas cuando calculaba que habían pasado otras dos horas si entre juegos no se olvidaban. Las tres esferas del reloj del Cabildo no se ponían de acuerdo para marchar al unísono. En unas fiestas, unos militares mediterráneos hicieron una especie de "ninot" de su tierra con las tres esferas discrepantes, bajo el título: "La hora exacta".

Los horarios de salida de los camiones mixtos estaban sujetos al calificativo de "más o menos". Ese calificativo podía suponer tanto unos minutos como horas o incluso días. Eran frecuentes en la boca de los conductores las frases: "Vamos a esperar un ratito hasta que llegue don José que se había olvidado de comprar un serrucho y unas tachas en la ferretería de Leonardo" o "tenemos que aguardar a que a Juanito Sosa le despachen en la botica de don Rogelio las medicinas para la gente de Haría". Una especie de portavoz llegaba hasta la Esquina de

A las ocho en punto la estridente sirena de La Fábrica ordenaba a las trabajadoras empezar el descabezado y desbuchado de las sardinas

Parra, en Las Ventas de San Bartolomé y anunciaba: "Hoy no viene el camión. A Pepe le salió un viaje de batatas de El Monte, para el correo". ¡Todos a caminar para El Puerto! Me contaba mi primo Augusto que, por razones de su trabajo, tuvo que desplazarse a Playa Blanca. El chófer del camión que inmortalizó una popular obra literaria, le advirtió que se demorarían ya que, aunque la salida fue de casi puntualidad germánica, el recorrido no lo harían por la Carretera de Tías, sino por la de La Geria, ya que tenía unos compromisos que cumplir. Entre subir y bajar viajeros, echarle agua al radiador, cambiar una rueda picada y

cumplir los compromisos, que consistieron en una larga partida de envite con unos amigos de San Bartolomé y otra no menos larga con los de Yaiza, la temida demora se prolongó hasta las primeras horas del día siguiente.

Dentro de aquel caos había tres excepciones: la salida de los "correillos negros", la sirena de la fábrica de Lamberti y el camión amarillo de don Dámaso el de Yaiza.

Los correos partían los martes a las doce de la mañana para Puerto de Cabras, como se llamaba y hoy se quiere reivindicar, y los viernes a las diez de la noche, rumbo a Gran Canaria. El estrépito de la bocina estremecía las calles tres veces. Una, media hora antes de la salida; dos, pasado un cuarto de hora y tres en el momento de partir. "Pepe, avíate que el correo pitó la primera ya hace mucho rato y te vas a quedar en tierra", decía la esposa. Quien se quedó en tierra es la señora que me contó don Emilio Sáenz: un martes a las doce ya había tocado la tercera y el capitán, don Eliseo, acodado en la barandilla del puente, con el puro entre los labios, haciendo competencia de humos con el que salía por la chimenea, empezaba a dar las órdenes para la maniobra de desatraque cuando mi tío Augusto y don Jaime Lleó, que esperaban la salida del barco, vieron venir a una señora corriendo, dando gritos, con una maleta en una mano y haciendo señas con la otra pidiendo que la esperaran. Cuando llegó a su altura, sin pensarlo más ante la premura del tiempo, la cogieron cada uno por un brazo, la pasaron por encima de la barandilla y la embarcaron. Cuando la señora pudo resollar, dijo: "¡No!; si yo no iba pa Canaria; era pa darle la maleta a mi hijo que ya estaba dentro del correo". La conocida bondad de don Eliseo hizo que detuviera la maniobra y la señora, pasado el sofoco, pudo volver sonriente a tierra.

A las ocho en punto la estridente sirena de La Fábrica ordenaba a las trabajadoras empezar el descabezado y desbuchado de las sardinas y la de las doce les permitía abandonar tan penoso trabajo que, mientras marchaban por Los Puentes camino del descanso, les acompañaba con la huella del desagradable olor que impregnaba sus manos y vestimentas.

Alguien, que lamento no recordar, decía que don Dámaso, al volante del camión en la Plaza de Yaiza, nervioso por la demora que le causaba un vecino que, con un pie en el estribo como diría Cervantes, sin decidirse a subir mientras daba chupadas al virginio medio apagado y comentaba con un amigo sobre las papas de semilla para plantar en la tierra de La Degollada, se volvió hacia él con un gesto contundente y le gritó: "O subes de una vez o te vas pal Puerto caminando".

Pandemia

Fuente: Diario de Lanzarote 1-12-2020

Dentro del lógico pesimismo que la pandemia de coronavirus está causando, pensamos que debe surgir un rayo de esperanza y que los conceptos mascarilla, confinamiento o distancia de seguridad pasen a ser un doloroso recuerdo histórico. A lo largo de miles de años ni las plagas de Egipto, la fiebre amarilla, la peste bubónica, la viruela, la tuberculosis o el ébola, combatidas con medios muy precarios, han podido acabar con la Humanidad.

Las noticias sobre la creación de una vacuna o el conocimiento de que las Fuerzas Armadas han bautizado como Operación Balmis, en recuerdo del médico militar que capitaneó la expedición denominada Los niños de la vacuna, su cooperación en la lucha contra el coronavirus; que Madrid inaugurase el 1 de diciembre un hospital con el nombre de Enfermera Zandal y oír en la Cadena Cope a su asesor médico, el doctor Pérez Almeida, resaltar la gran importancia que tuvo aquella operación humanitaria y los progresos en la obtención de la nueva vacuna, nos ha llevado a querer reproducir, parcial y debidamente actualizado, el comentario que, en el mes de septiembre de 2015, hicimos en la emisora local de Cadena SER: La reciente publicación del libro *A flor de piel*, de Javier Moro, me lleva a comentar un hecho histórico, aunque el libro real-mente es novela histórica en la que se mezclan la realidad y la ficción. Un hecho histórico que hemos tratado en estos micrófonos y otros medios y sobre el que también nos hemos dirigido a ciertas entidades oficiales, sacado de otro libro: *Hambrunas, epidemias y sanidad en Lanzarote*, de Francisco Hernández Delgado y María Dolores Rodríguez Armas. Es el denominado Niños de la Vacuna.

La epidemia de viruela que tantos estragos estaba causando hizo que el rey Carlos IV ordenara la organización de una expedición a los llamados Territorios de Ultramar, bajo la denominación de Real Expedición Filan-trópica de la Vacuna, encaminada a luchar contra la plaga. Los médicos Francisco Javier Balmis y Balaguer y Josep Salvany, junto con la enfermera Isabel Zandal, parten de La Coruña con 22 niños huérfanos, el 30 de noviembre de 1803, en la corbeta María Pita.

Se intentaba inocular en los niños suero contra la viruela, descubierto en el llamado mal de las vacas, por el científico inglés Edward Jenner. El 21 de noviembre de 1803 se recibe la invitación para que algunos niños de Lanzarote se desplacen a Tenerife para participar en la vacunación.

El Alcalde Mayor de la Isla renuncia a su envío por carecer de medios, pero un grupo de lanzaroteños se ofrecen a sufragar los gastos y cinco niños parten bajo el cuidado de don Cristóbal de la Cueva Zaldívar y del médico don Pedro Suárez. El María Pita llegó a Santa Cruz de Tenerife el 9 de diciembre de 1803 y son vacunados. Al regreso fueron agasajados como verdaderos héroes.

En 1950, la Organización Mundial de la Salud homenajeó a Isabel Zendal con el título de Primera enfermera de la Historia en misión internacional.

"Sería necesario rotular una calle de la ciudad con el título de Niños de la Vacuna"

Salvo ese homenaje que se otorgó a los cinco niños de Lanzarote a su llegada a la Isla y lo que se reseña en el libro de Francisco Hernández y María Dolores Rodríguez, libro interesantísimo, desgraciadamente agotado y del que pediríamos su reedición, poco saben nuestros actuales vecinos de la importancia que esos muchachos han tenido en la historia insular.

Niños de la vacuna

Según los libros Historia del Puerto del Arrecife, de José Agustín Álvarez Rixo, (pág. 114 y siguientes) y Hambrunas, epidemias y sanidad en Lanzarote, de Francisco Hernández Delgado y María Dolores Rodríguez Armas, (pág. 58 y siguientes) a los que me remito para mayor información, un grupo de niños de Arrecife fueron enviados a Tenerife para que, debidamente vacunados contra la viruela, fueron portadores del germen para posteriores vacunaciones en Lanzarote.

Creemos que sería necesario que, además de rotular una calle de la ciudad con el título de Niños de la Vacuna, pues no lo he localizado en el callejero de la ciudad, solicitar del Cabildo (hoy de la Consejería de Sanidad del Gobierno de Canarias, por el traspaso de competencias) la colaboración para colocar una placa en el Hospital Insular, en estos términos aproximadamente: "En recuerdo de los cinco niños de Arrecife y del médico don Pedro Suárez que los acompañó, enviados para su vacunación contra la viruela a Tenerife, a donde llegaron el 9 de diciembre de 1803, para ser vehículo de posteriores vacunaciones en la isla de Lanzarote".